

## Biopsia, susto de muerte

Al comenzar hace meses la radioterapia entré en una sala de espera que me imaginaba tétrica y así la vi físicamente al llegar por primera vez. Era pequeña, de colores desvaídos, un tanto descascarillada y con un tanque de agua mineral envasada en León. Nunca había visto agua de mi tierra envasada. Los que íbamos a ser radiados en el vientre teníamos que bebernos cuatro vasos de agua leonesa antes de ir a la camilla. Para mí era horrible porque la próstata no me permitía retener tanto líquido y me hacía sufrir. Pegadas a la pared había unas 12 sillas en las que esperaban su turno los pacientes.

En el momento de entrar, estaban ocupadas la mitad de las sillas. Todos estaban en silencio. La chica que me acompañaba hablaba fuerte y me decía cosas de las que se enteraba todo el mundo. De lo primero que se enteraron es de que yo era cura y de que me iban a dar quimio y radio cada día durante mes y medio. Este hecho atrajo la mirada de todos y poco a poco entramos en diálogo. Había gente muy simpática, entre ellos los padres de un novillero y con una hija casada también con un torero ya bastante conocido. La conversación taurina abundaba todos los días en aquella sala. Era por los sanfermines.

Casi todos los días nos veíamos con lo que la confianza iba creciendo hasta el punto de echarnos mucho de menos cuando alguno faltaba a la cita. La que más intrigados nos tenía era un chica joven muy rubia y de muy buen parecer. En los tres primeros días no le sacamos ni una palabra. Tenía el casco de la moto sobre su regazo y se pasaba el tiempo absorta en su móvil. Me propuse acercarme y sonsacarle algo. Al día siguiente, al llegar, había una silla vacía a su lado y allí me coloqué. Comencé a preguntarle cosas y, ante mi sorpresa, no solo respondía sino

que charlaba mucho y era muy simpática aunque su conversación era solo para mí. Al tercer día, ya con bastante intimidad, me dijo:

*-Yo quiero charlar un día contigo a solas.*

*-Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué estás aquí?*

*-Tengo cáncer en un pecho.*

Me quedé mirándola un rato.

*- Y ¿qué sentiste cuando te enteraste?*

*-Cuando me dieron el resultado de la biopsia me llevé un susto de muerte, pero eso y otras cosas te las quiero contar despacio y a solas.*

Todavía, después de diez meses, seguimos guasapeándonos mucho. La chica se llama Perla.

Su susto de muerte me llegó al alma. Sentí su dolor y desconcierto dentro de mí. Esto sería hacia las ocho de la tarde y pasé toda la noche dándole vueltas en el subconsciente. Desde mi primera biopsia hace cinco años tengo una especial sensibilidad para los que pasan por ese trance. Todos han pasado por ese susto de muerte. Nada puedo hacer pero me conmueve su situación. Toda mi ayuda se reduce al cariño y a rezar por ellos. Además estoy escribiendo una serie de artículos como éste que habla de situaciones y experiencias por las que pasan los que tienen cáncer que, a lo mejor, un día se transforma en un libro. Escribo sobre todo para ellos y para vosotros si algún día, Dios no lo quiera, pasáis por lo mismo en el futuro.

Para mí el cáncer se me ha convertido ya en un episodio de mi vida espiritual más que de mi vida física. Mí íntimo deseo es que todos los que padecen cáncer no se dejen vencer sino que lo vivan con fe y si es la fe en Jesucristo y en su resurrección mucho mejor. La falta de salud me ha recluido mucho en mí mismo, no para huir de la realidad sino para observarla desde lejos y ver lo bonita que es y la belleza de todas las cosas. A mí me han quitado el recto, un trocito de tripa que yo nunca

había agradecido ni había imaginado lo importante que es. Ahora con la cantidad de disfunciones que su falta me genera me doy cuenta del regalazo que he tenido con el recto íntegro al final de mi colon durante tantos años.

Aprovecho las infinitas curas, dolores y diarreas para vivir un contrapunto diáfano y brillante. Me voy acercando a Dios a través de Jesucristo y le agradezco lo bien que lo ha hecho todo. Me encanta ver a la gente pasear por la calle mientras pienso: “Todos estos seguro que tienen recto. “Señor, cuídales, que no lo pierdan”. Me cuesta todavía un poco dar gracias por mi cáncer pero tampoco quiero no haberlo tenido porque percibo la riqueza espiritual que me genera. Morir sin un cáncer o algo que se le parezca me parece ir al cielo con una entrada de gallinero bastante alejada de las butacas de primera fila en un espectáculo que va a durar toda la eternidad. Todo el mundo tiene derecho a una cruz.

Perla tiene un corazón de oro con una religiosidad muy popular. Me cuenta cosas que me parto de risa. Cada tres meses tiene que pasar revisión y tiembla como las hojas amarillas de otoño. Va, de vez en cuando al pueblo de sus padres, en Guadalajara, y pone velas por ella y por mí, para que no se nos reproduzca nada malo. Yo no pongo velas pero rezo al Cristo que tengo dentro gracias al cáncer, por ella y por todos los que pertenecemos al mismo club. Es como si me hubiera brotado una vocación nueva. Me siento ungido por el Espíritu Santo para orar por este colectivo para que nadie desfallezca. Esta unción es muy interior y te llena de amor. Pienso que cuando el Espíritu le mueve a uno a orar de esta manera es que mucha gente de esta enfermedad lo necesita. Yo lo hago de mil amores porque noto también que el hacerlo me humaniza.

Uno sabe bien de las tentaciones e inventos del demonio para que pierdas la confianza. Cada vez que el oncólogo pronuncia la palabra quimio o radio se abate una plaga sobre ti. Tienes que reaccionar con fortaleza pero muchos no pueden porque trabajan, tienen hijos, están sometidos a mil complicaciones familiares, económicas sociales. Hay edades especialmente malas, cuando tienes los hijos a medio criar, cuando ves que nada en tu vida ha concluido todavía. Ahí es donde miras

a la ventana, donde sufres la tentación del balcón, donde ves tu vida como un despropósito total. Elevarse desde ahí a la oración, encontrar sentido a algo en la vida, parece una tarea imposible.

A mí el cáncer me ha hecho perder todo protagonismo en la vida del convento. Es peor que estar colocado en el pelotón de los torpes. En lo físico sufro mil trabas y mil menguas en todos los sentidos, pero lo tengo muy compensado por la vida interior. Es bueno, ya que no se puede hacer ejercicio físico, hacer ejercicio espiritual. Este para mí ha consistido en no recluirme en mí mismo sino estar abierto a todo lo que me sea posible. Acepto mi momento y estoy tranquilo pero si mi enfermedad me concede tres metros más, los aprovecho. Estoy también acostumbrado a la vida interior y a la oración con lo cual el cáncer me pilló en plena actividad pero ya bastante ejercitado y ya mayor. Esta circunstancia me ha facilitado asumir espiritualmente la enfermedad e incluso crecer en ella. Mi Cristo de ahora es mucho más interior y más profundo que el que tenía hace cinco años. Esta presencia del Señor en el interior da una seguridad interior inimaginable. Cada momento lo tengo que vivir en fe porque en cualquier santiamén puedo desfallecer, mas también es cierto que cada vez me noto más cerca de entrar por las llagas de Cristo hasta su corazón.

Tú, quienquiera que seas y estés como estés, en las cosas del Señor no hay galones ni clasismos. Tampoco favoritismos. Tú eres tanto como cualquiera y cualquiera es tanto como tú. Por eso cultiva la vía de la fe para que tu sufrimiento tenga sentido. Todo es cosa de descubrir al Espíritu Santo en tu vida. Él te quiere a ti, hayas sido como hayas sido, tanto como al que más. Eres hijo o hija suyo y le encanta rescatarte. Búscalo por donde puedas y no te amilanes por nada. Aunque tuvieras que morirte será buenísimo para ti. Se puede llegar hasta dar gracias por tu cáncer o por cualquier otra desgracia que tengas.

Me acaban de decir que están preparando una reunión con todos los que nos juntábamos en la sala de espera de la radioterapia hace diez meses. No cabe duda de que los españoles somos gente encantadora. Creo que vamos a ir al campo, charlar y merendar juntos. A mí me ha dado muchísima alegría. Yo no he intervenido para nada en la preparación.

Pienso que cuando la gente se mueve es que allí hubo algo y quieren recordarlo. Espero encontrarme con muchos corazones sanados y llenos de alegría y espero también que muchos estén ya definitivamente curados. A los que no les haya ido tan bien les arroparemos con todo cariño.

Chus Villarroel O.P.

Mayo 2014